

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

El Padre es el Salvador

T E X T O S

DEL SEGUNDO LIBRO DE LAS CRÓNICAS (36: 14-23)

Del mismo modo, todos los jefes de los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades, según todas las costumbres abominables de las gentes, y mancharon la Casa de Yahveh, que él se había consagrado en Jerusalén. Yahveh, el Dios de sus padres, les envió desde el principio avisos por medio de sus mensajeros, porque tenía compasión de su pueblo y de su Morada. Pero ellos se burlaron de los mensajeros de Dios, despreciaron sus palabras y se mofaron de sus profetas, hasta que subió la ira de Yahveh contra su pueblo a tal punto que ya no hubo remedio. Entonces hizo subir contra ellos al rey de los caldeos. Incendiaron la Casa de Dios y derribaron las murallas de Jerusalén: pegaron fuego a todos sus palacios y destruyeron todos sus objetos preciosos. Y a los que escaparon de la espada los llevó cautivos a Babilonia, donde fueron esclavos de él y de sus hijos hasta el advenimiento del reino de los persas; para que se cumpliera la palabra de Yahveh, por boca de Jeremías: « Hasta que el país haya pagado sus sábados, descansará todos los días de la desolación, hasta que se cumplan los setenta años. » En el año primero de Ciro, rey de Persia, en cumplimiento de la palabra de Yahveh, por boca de Jeremías, movió Yahveh el espíritu de Ciro, rey de Persia, que mandó publicar de palabra y por escrito en todo su reino: « Así habla Ciro, rey de Persia: Yahveh, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra. El me ha encargado que le edifique una Casa en Jerusalén, en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, iese su Dios con él y suba! »

DE LA CARTA DE PABLO A LOS EFESIOS (2: 4-10)

Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo - por gracia habéis sido salvados - y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Pues habéis sido salvados por gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios; tampoco viene de las obras, para que nadie se gloríe. En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicaríamos.

DEL EVANGELIO DE JUAN (3: 14-21)

Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga por él vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo,

sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no es juzgado; pero el que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el Nombre del Hijo único de Dios. Y el juicio está en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras. Pero el que obra la verdad, va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios. »

TEMAS Y CONTEXTOS

EL LIBRO DE LAS CRÓNICAS.

Los libros llamados "históricos" del A.T. forman dos grupos. El primero (Josué - Jueces - Ruth - Samuel - Reyes) narran la ocupación por los israelitas del país de Canaán. El segundo grupo lo forman los dos libros de las Crónicas y los libros de Esdras y Nehemías. Los dos libros de las Crónicas, que en principio formaban sólo uno, se llamaban antes "Paralipómenos", es decir, "las cosas omitidas". Se trata pues de complementar lo narrado en libros anteriores. Es un libro escrito después del destierro de Babilonia, en un ambiente de intensa piedad, de conversión del Pueblo a Dios, viviendo en torno al Templo, como símbolo de la unión con Dios y de su presencia. Escrito en el siglo III a.C. su intención es plenamente "sapiencial": cuenta la Historia para recordar a Israel que su vida depende de la fidelidad a Dios, expresada en el culto, realizado de corazón. Es un libro muy influyente en la época. Incluso se puede decir que la religiosidad de los judíos piadosos contemporáneos de Jesús se inspiraba fuertemente en este libro.

El fragmento que hoy leemos narra el Destierro, como castigo de Dios por la infidelidad, y el regreso del cautiverio por obra del decreto de Ciro, Rey de los Persas, conquistador de Babilonia. En este fragmento se presenta una argumentación típica: la infidelidad del pueblo, incluidos los sacerdotes; la paciencia de Dios, hasta un límite; los avisos de Dios; el castigo; la misericordia de Dios; la restauración por medio de un salvador. Se nos muestra, pues, unos aspectos importantes de la fe de Israel:

- La Historia hay que leerla como "Historia de Salvación", historia de las relaciones del hombre con Dios.
- Dios castiga el mal a su pesar, porque ama al pueblo, y está siempre dispuesto al perdón.

Desde Jesús, vemos la insuficiencia de esta concepción de Dios, bien encaminada pero aún lejana a la plena revelación de "Dios con nosotros Salvador". Vemos también que la figura del salvador, en este caso el Rey Persa Ciro, es una prefiguración de Jesús, El Salvador.

LA CARTA A LOS EFESIOS.

Este fragmento es como un himno, que celebra el amor gratuito y abundante de Dios como fuente de todo. Es, además, un texto sobre el que se ha asentado en buena parte varias largas controversias: "la justificación". ¿Justifica ante Dios la fe o las obras? Esta fue una de las más serias divergencias de Lutero con la doctrina entonces considerada como más ortodoxa. Más tarde, este tema enfrentó a diversas tendencias en la misma Iglesia católica, en la famosa controversia "De auxiliis": si todo es obra de la gracia, ¿en qué consiste nuestra libertad.

Pero no es tema nuestro. Fue un intento, admirable intento, de entrar a fondo en el enigma de cómo se relacionan la libertad de Dios Todopoderoso y Salvador con nuestra libertad. De aquel intento sacamos ante todo la lección de que nuestra mente es capaz de hacer muchas preguntas, pero no de encontrar todas las respuestas. La pena es que por estas discusiones se rompió la unidad de la iglesia....

Y sin embargo, el mensaje de Pablo es más importante: Creados por el amor de Dios, para conocer a Dios, por Jesucristo; creados para hacer buenas obras. Esto es más importante que las otras disquisiciones teológicas. Y Pablo insiste, no en que seremos salvados, sino en que **estamos salvados, estamos resucitados, estamos sentados a la diestra del Padre**. No es simplemente una promesa de futuro: eso será "la manifestación de lo que somos ya". No es que resucitemos y seremos hijos: es que nuestra vida ha sido resucitada porque en Jesús hemos cobrado conciencia de Hijos. Lo que pasará después será que se manifestará plenamente lo que ahora está aún oculto, sin acabar de dar a luz.

Leído desde Juan y desde Pablo, todo el Antiguo Testamento adquiere una coherencia magnífica. Por esto, entre otras cosas, no vemos en la Biblia solamente un espléndido libro de Sabiduría humana, sino que adivinamos en él, aun en medio de sus muchas provisionalidades y tanteos, la presencia del Espíritu de Dios Creador-Salvador. Por eso hablamos de Palabra de Dios.

EL EVANGELIO DE JUAN.

Es un fragmento de la conversación nocturna de Jesús con Nicodemo. En ella, Juan presenta por primera vez un discurso de Jesús. Es, pues la primera presentación que hace Juan de la "doctrina" de Jesús. Merece la pena que nos detengamos a leer el texto completo de este capítulo tercero del evangelio de Juan.

El resumen es: la Vida Nueva, la Novedad del Reino, como nacer de Nuevo. El Hijo es quien trae todo esto. El Hijo es la Salvación, que está en el mundo para dar vida. Todo esto es la obra del amor de Dios al hombre. Y el hombre puede rechazar la Salvación, en lo que consiste "el juicio".

Se trata, pues, de una profunda síntesis de Juan, que viene a resumir casi toda su "teología", y se encuentra en completo paralelo con el Prólogo de su Evangelio: La Palabra hecha carne; el mundo que no la recibe; los que la reciben, llamados a ser hijos. Vemos aquí, una vez más, que Jesús "lleva plenitud" el A.T. Vemos también cómo ha de ser leído el A.T. desde Jesús, como líneas de progresiva revelación-conocimiento de Dios, que encuentran en Jesús la plenitud.

REFLEXIÓN

Hemos de reconocer que los textos de este domingo son difíciles, tanto por su contenido como porque usan fórmulas y comparaciones muy alejadas de nuestra mentalidad. Todos ellos son buena muestra de una elaboración teológica, bastante alejada de la luminosa simplicidad del mensaje directo de Jesús. Pablo y Juan empiezan ya a hacer elaboraciones sistemáticas del mensaje, y no pocas veces sentimos que sus expresiones nos resultan mucho más oscuras que las palabras originales de Jesús.

De todo lo que hemos leído se desprenden sin embargo algunas ideas claras e importantes. Ante todo, cómo hemos de leer el Antiguo Testamento, y concretamente los libros llamados "históricos". Son en realidad libros de teología. No interesa tanto contar los hechos, sino sacar de ellos una enseñanza: mostrar cómo en los sucesos de la historia aparece el pecado como origen de desgracias, y Dios que intenta salvar a su pueblo. Esta Teología es aún primitiva. Jesús irá mucho más lejos, pero en ella encontramos ya como un amanecer de lo que más adelante será luz espléndida en Jesús.

Tanto Pablo como Juan están expresando una clave fundamental de la fe: Dios Salvador. Dios es el que tiene la iniciativa de la salvación: lo nuestro es volvernos a Él, aceptar la salvación que Dios ofrece. Estamos haciendo una lectura religiosa de la historia entera, y un resumen teológico de la misma, que constituye el argumento de la Biblia, de principio a fin: el sueño de Dios es una humanidad de Hijos, semejantes a Él. El pecado es el estropea el sueño, pero no puede acabar con Él; Dios creador se hace Dios salvador, el que lucha con el ser humano para librarlo del mal; éste es el que se muestra en Jesús; aceptar a Jesús es aceptar a ese Dios, el que busca la salvación.

En el texto de Juan se habla del juicio, y nosotros lo hemos entendido como algo meramente judicial, como si al final Dios se cansara de ser Salvador y se limitara a ser juez. El concepto es más sencillo y más profundo. Dios juzga acertadamente, sus juicios son correctos. Nuestros juicios son equivocados, por eso estropeamos nuestra vida. Dios no es el que castiga nuestros errores, sino el que intenta salvarnos de ellos. Son nuestros errores los que estropean nuestra vida, y es Dios el que intenta recuperarla.

Así se asienta una postura básica en nuestra espiritualidad: religión no es buscar a Dios lejano, invocarle a ver si nos escucha, hacer penitencia a ver si nos perdona. Religión es aceptar a Dios cercano, responder a la Palabra que nos dirige, aceptar el perdón que ofrece. Religión es responder a la invitación de Dios.

Todo esto implica también una concepción nueva y más profunda del pecado. Nosotros pensamos, y el Antiguo Testamento lo creía así, que nosotros cometemos pecados y esto nos aparta de Dios. Pero Jesús piensa de otra manera: nosotros nos encontramos con que somos pecadores, el pecado es más fuerte que nosotros, nos impide ser hijos. Necesitamos un libertador, no un juez. Y eso ofrece Jesús: sacarnos de nuestros pecados, recuperar la condición de hijos. Al cobrar conciencia de nuestra condición de pecadores nos sentimos lejos de Dios, pero nuestra sorpresa es que no tenemos que caminar trabajosamente hacia Dios, sino que es Él quien se acerca,

como el médico al enfermo, como el pastor que busca la oveja perdida en el monte. Esto da sentido diferente a la palabra "conversión". La hemos identificado con "penitencia", pero sería mejor entenderla como "aceptar a Dios, mi médico, mi pastor".

Por tanto, a través de estos textos un tanto complicados y llenos de expresiones que nos resultan difíciles, se nos conduce a un mensaje luminoso y determinante: cómo es Dios, tal como lo hemos conocido en Jesús. Y el Dios que revela Jesús es una Estupenda Noticia, responde a lo que más necesitamos: luz y salud.

Pero, por encima y antes que todo lo anterior, los textos de hoy tienen el poder de curarnos de una falsa concepción de "redención". La Iglesia ha explicado, durante diez siglos nada menos, la muerte de Jesús en la cruz desde la idea de sacrificio, es decir, la inmolación de una víctima para aplacar la ira de Dios. Esto significaría que Dios, airado por nuestros pecados, debe ser aplacado con la sangre de una víctima, es decir, con la muerte sangrienta de Jesús. Esto supone por tanto que Dios no perdona porque ama, sino que cobra por perdonar, y cobra un precio tan horrendo como la muerte sangrienta de su hijo. Semejante interpretación teológica contradice lo más esencial del mensaje de Jesús = Dios Abbá, y es destruida por los textos que hoy leemos:

"Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna".

Y Dios es "El que no escatimó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros" (R 8,31) (2º Domingo de Cuaresma)

Así pues, es completamente necesario abandonar la interpretación sacrificial de la muerte de Jesús, resto de insuficiencias paganas del Antiguo Testamento, y aceptar de una vez al Dios de Jesús, Abbá, la fuente del amor, el que lo da todo, hasta su mismo Hijo, por salvar.

PARA NUESTRA ORACIÓN

ORACIÓN

(Efesios, cap 2)

RECITAMOS JUNTOS EL FRAGMENTO DE PABLO.
ES OTRA NUEVA MANERA DE CONFESAR NUESTRA FE,
EN EL APOYO INCONDICIONAL DE DIOS,
QUE TRABAJA POR SALVAR NUESTRA VIDA.

Dios, rico en misericordia,
por el gran amor con que nos amó,
estando muertos a causa de nuestro pecado,
nos ha dado la vida, por Jesucristo
- por gracia habéis sido salvados -
y con él nos ha resucitado
y nos ha hecho sentar en los cielos en Cristo Jesús,
a fin de mostrar en los siglos venideros
la sobreabundante riqueza de su gracia,
por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.
Pues hemos sido salvados por su gracia mediante la fe;
y esto no viene de nosotros,
sino que es un don de Dios;
tampoco viene de nuestras obras,
para que nadie se gloríe.
En efecto, hechura suya somos:
creados en Cristo Jesús.
Porque él es nuestra paz,
por él tenemos todos un mismo Espíritu,
que nos da acceso al Padre.
Por eso, no somos huéspedes ni extranjeros.
Somos conciudadanos de los santos,
somos de la casa de Dios,
edificio fundado sobre los Apóstoles y los profetas,
y, como piedra angular, Cristo Jesús.
Por él, todo el edificio
se convierte en un templo santo,
para que sea morada del Señor, por el Espíritu.